

de comida. El camino es largo y viajan rápido. Me voy. ¿Es justo?

- Es justo. Soy como una hoja del año anterior, que apenas se sostiene del tallo. La primera brisa que sopla, y caigo. Mi voz parece ya la de una anciana. Mis ojos no señalan ya la ruta a mis pies, y mis pies están pesados y yo cansado. Es justo.

Inclinó la cabeza satisfecho hasta que el último ruido de la nieve quejumbrosa hubo muerto, y supo que su hijo estaba más allá de todo llamado. Entonces su mano se arrastró con prisa hasta la leña. Era lo único que se interponía entre él y la eternidad que abría la boca por encima de él. Al fin, la medida de su vida era aquel puñado de ramas. Una a una irían a alimentar el fuego y justo así, paso a paso, la muerte se acercaría a hurtadillas. Cuando la última rama rindiera su calor, la helada comenzaría a ganar en fuerza. Primero se rendirían los pies, luego las manos, y el entumecimiento pasaría, con lentitud, de las extremidades al cuerpo. La cabeza se abatiría sobre las rodillas, y él descansaría. Era fácil. Todos los hombres han de morir.

No se quejó. Así era la vida, y era justa. Había nacido cerca de la tierra, cerca de la tierra había vivido, y por tanto la ley no le era nueva. Era la ley de todo cuerpo. La naturaleza no se mostraba amable con la carne. Ninguna preocupación tenía por esa cosa concreta llamada el individuo. Su interés estaba en la especie, en la raza. Era la abstracción más profunda que podía captar la mente bárbara de Koskoosh, pero se asió de ella firmemente. La veía ejemplificada en toda vida. El nacimiento de la savia, el verdor estallante del sauce al florecer, la caída de la hoja amarilla, allí quedaba expresada toda la historia. Pero la Naturaleza sí imponía una tarea al individuo. De no cumplirla, moriría. Si la cumplía, daba igual, pues también moría. A la naturaleza no le importaba, pues abundaban los que eran obedientes, y en este caso era la obediencia, y no el obediente, lo que vivía y vivía para siempre. La tribu de Koskoosh era muy antigua. Los ancianos que conoció de muchacho habían conocido ancianos anteriores a ellos. Por tanto, era cierto que la tribu vivía, que se conservaba por la obediencia de sus miembros, hasta perderse en el ayer olvidado, miembros cuyas tumbas nadie recordaba. No contaban; eran episodios. Habían desaparecido como nubes en un cielo de verano. También él era un episodio y desaparecía. La naturaleza no se interesaba. A la vida le imponía una tarea, le daba una ley. Perpetuarse era la tarea de la vida, y su ley la muerte. Una doncella era una criatura buena de ver, con los pechos plenos y firmes, el paso elástico y luminosos los ojos. Pero su tarea estaba por delante. La luz brillantada en los ojos, el paso avivado, se mostraba con los muchachos ahora atrevida y después tímida, y les transmitía la inquietud que ella sentía. Y cada vez era más bella y más bella de mirar, hasta que algún cazador, incapaz de contenerse, la llevaba a su vivienda para que cocinara y trabajara para él y fuera la madre de sus hijos. Y con la llegada de los vástagos perdía la belleza. Sus miembros se arrastraban y movían penosamente, tenía los ojos opacados y lagañosos, y sólo los pequeños hallaban contento en apoyarse en las mejillas rugosas de la anciana sentada junto al fuego. La tarea estaba cumplida. Sólo un breve tiempo y al primer apretón del hambre o ante el primer viaje largo, la dejarían detrás, tal como a él lo habían dejado, en la nieve, con un montoncito de leña. Ésa era la ley.

Acomodó cuidadosamente una rama en el fuego y reanudó sus meditaciones. Lo mismo ocurría en todos los sitios, con todas las cosas. Los mosquitos desaparecían en la primera helada. La ardilla de los árboles se apartaba para morir. Cuando la vejez llegaba al conejo, éste era lento y pesado y no podía ya adelantarse a sus enemigos. Incluso el enorme oso terminaba en torpe y ciego y peleonero y, al final, lo derribaba un puñado de perros gañidores. Recordó cómo un invierno, el invierno anterior a que el misionero viniera con sus libros parlantes y su caja de medicinas, él había abandonado a su padre en la parte norte del Klondike. Muchas veces había chascado Koskoosh los labios al recordar aquella caja, aunque ahora su boca se rehusaba a humedecerse. Fue en especial

sabroso el "matadolores". Pero a fin de cuentas el misionero fue una molestia, porque no traía carne al campamento, y comía con apetito, haciendo gruñir a los cazadores. Pero se le congelaron los pulmones en la divisoria del Mayo, y más tarde los perros quitaron las piedras y se pelearon por los huesos.

Koskoosh colocó otra rama en el fuego y exploró mucho más en el fondo del pasado. Hubo aquella época de gran hambre, cuando los ancianos acuchillados junto al fuego, con los estómagos vacíos, dejaban caer de los labios imprecisas tradiciones venidas de días remotos, cuando el Yukón fluyó por tres inviernos y luego se congeló por tres veranos. Había perdido a su madre en aquella hambre. En el verano no aparecieron los salmones, y la tribu comenzó a esperar el invierno y la llegada de los caribúes. Y luego llegó el invierno, pero no los caribúes. Nunca se había visto nada semejante, ni siquiera en la existencia de los ancianos. Pero el caribú no vino, y era el séptimo año, y los conejos no se habían reproducido y los perros no eran sino costales de huesos. Y a lo largo de aquella larga oscuridad los niños lloraban y morían y las mujeres también, y los ancianos; y en la tribu ni uno de cada diez vivió para ver el sol cuando volvió en la primavera. ¡Aquella fue hambre!

Pero también había conocido épocas de abundancia, cuando la carne se echaba a perder en las manos, los perros estaban gordos y para nada servían de tanto comer; épocas en que dejaban ir la caza sin matarla, las mujeres eran fértiles y las viviendas estaban atiborradas de hambrecillos y mujercitas que andaban a gatas. Fue entonces que les creció el estómago a los hombres, y revivieron viejas rencillas, y cruzaron la frontera del sur para meter pellies, y la del oeste para poder sentarse en los fuegos apagados de los tananas. Recordó que el muchacho, durante una época de abundancia, vio a un alce derribado por unos lobos. Zing-ha, yacía con él en la nieve y observaba; Zin-ha, que después sería el más experto de los cazadores y que, al final, cayó por un respiradero del Yukón. Lo encontraron, un mes más tarde, congelado en el hielo cuando a medias había salido arrastrándose.

Pero aquel alce. Zin-ha y él salieron aquel día y jugaron a ser cazadores, a imitación de sus padres. En el lecho del arroyo descubrieron el rastro reciente de un alce, y también las huellas de muchos lobos. "Un alce viejo", dijo Zing-ha, quien era más vivo en leer las señales, "un alce viejo que no puede mantenerse al paso del rebaño. Los lobos lo separaron de los demás, y ya no lo dejarán en paz". Y así fue. Era su costumbre. De día y de noche, sin descanso, gruñendo cerca de sus pezuñas, lanzándole mordiscos al hocico, estarían junto a él hasta el final. ¡Cómo se avivó en Zing-ha y en él el ansia por la sangre! ¡El final sería algo digno de ver!

Con pies impacientes se supieron en la senda e incluso él, Koskoosh, lento de vista y rastreador inexperto, podía haberla seguido a ciegas, de tan ancha que era. Cómo iban próximos a la caza, leyendo a cada paso la torva tragedia, recién escrita. Llegaron entonces a donde el alce había presentado resistencia. En toda dirección, tres veces el largo del cuerpo de un hombre adulto, habían pisoteado y removido la nieve. En medio, las huellas profundas de los cascos hendidos de la caza, y todo alrededor las huellas más ligeras de los lobos. Algunos, mientras sus hermanos acosaban a la presa, habían quedado a un lado, descansando. El molde de sus cuerpos totalmente tendidos era tan perfecto en la nieve como si hecho el momento anterior. Un lobo fue sorprendido en una embestida violenta de la víctima enloquecida y pisoteado hasta la muerte. Unos cuantos huesos, quebrados, eran testimonio de lo ocurrido.

Una vez más, detuvieron el movimiento de sus raquetas de nieve en un segundo punto. Aquí, el gran animal había luchado desesperadamente. Dos veces lo habían derribado, como lo atestiguaba la nieve, y dos veces se había librado de sus asaltantes y puesto de pie una vez más. Había terminado su tarea mucho tiempo atrás, y no obstante amaba la vida. Zing-ha dijo que era un caso extraño; que una vez derribado un alce volviera a levantarse, pero éste de seguro lo había hecho. El

shamán encontraría señales y motivos de admiración en esto cuando se lo contarán.

Y una vez más llegaron donde el alce había intentado subir por la ribera y alcanzar el bosque. Pero sus enemigos habían descargado golpes desde atrás, hasta que él reculó y cayó sobre ellos, aplastando a dos hasta dejarlos enterrados en la nieve. Se veía con claridad que la muerte estaba cerca, pues sus hermanos los habían abandonado sin tocarlos. Pasaron de prisa dos puntos de resistencia más cercanos en tiempo y muy próximos. Ahora el rastro era rojo, y el paso desembarazado de la gran bestia se volvía torpe y corto. Entonces oyeron los primeros sonidos de la batalla: no el coro a garganta plena de la persecución, sino los ladridos cortos y secos que hablaban de cercanía y de dientes clavados en la carne. Arrastrándose en dirección contraria al viento, Zing-ha se había deslizado por la nieve y a su lado él, Koskoosh, que en años futuros sería jefe de la tribu. Juntos apartaron las ramas inferiores de un abeto joven y miraron. Lo que vieron fue el final.

La imagen, como todas las impresiones de juventud, seguía firme en él, y sus ojos débiles observaron el desenlace tan vívidamente como en aquella época lejana. Koskoosh se asombró de esto, porque en los días que vinieron después, cuando fue caudillo de hombres y cabeza de consejo, había llevado a cabo grandes hechos y vuelto su nombre una maldición en las bocas de los pellics, para nada decir del extraño hombre blanco que mató en lucha franca, cuchillo contra cuchillo.

Por largo tiempo reflexionó sobre los días de su juventud, hasta que el fuego disminuyó y el frío mordió más adentro. Esta vez lo alimentó con dos ramas, y calculó su asidero a la vida por lo que quedaba. Si Sit-cum-to-ha hubiera recordado a su abuelo y reunido una brazada mayor, más numerosas serían sus horas. Habría sido fácil. Pero siempre fue una muchacha descuidada, y no había honrado a sus ancestros desde el momento en que Castor, hijo del hijo de Zing-ha, por primera vez puso los ojos en ella. Sin embargo ¿qué importaba? ¿No había hecho él lo mismo en su inquieta juventud? Por un rato escuchó el silencio. Tal vez el corazón de su hijo se ablandara, y volviera con los perros para llevar a su anciano padre a la tribu, allí donde era numeroso el caribú de grasa abundante.

Esforzó los oídos, su inquieto cerebro tranquilo por el momento. Ni una vibración, nada. Sólo él respirando en medio del gran silencio. Estaba muy solitario. ¡Escucha! ¿Qué es eso? Por su cuerpo pasó un estremecimiento. El aullido familiar e interminable rompió el vacío, y ocurría muy cerca. Entonces en sus ojos apagados se proyectó la visión del alce -del anciano alce-, los flancos desgarrados y los costados ensangrentados, la crin destrozada y los grandes cuernos ramificados abatidos, embistiendo hasta el final. Vio las rápidas formas grises, los ojos destellantes, las lenguas colgando y los colmillos babeantes. Y vio cómo el círculo inexorable se cerraba hasta volverse un punto negro en medio de la nieve pisoteada.

Un morro frío tocó su mejilla, y el contacto hizo que su espíritu saltara al presente. Su mano cayó sobre el fuego y sacó una rama encendida. Vencida momentáneamente por su miedo hereditario al hombre, la bestia retrocedió, lanzando un llamado prolongado a sus hermanos, que respondieron con avidez, hasta que alrededor hubo un anillo gris asechante y de fauces baboseantes. El anciano escuchó cómo el círculo se cerraba. Moviéndose con violencia su tizón, y las oliscadas se volvieron gruñidos; pero las bestias acechantes se rehusaban a dispersarse. Ahora una se arrastraba sobre el pecho, las ancas a remolque, y luego una segunda y una tercera, y jamás ninguna de ellas retrocedía. ¿Por qué afianzarse a la vida?, preguntó, y dejó caer en la nieve la rama flameante que chisporroteó y se apagó. El círculo gruñó inquieto, pero sin ceder. Koskoosh volvió a ver la última resistencia del viejo alce, y dejó caer cansadamente la cabeza sobre las rodillas. Después de todo ¿qué importaba? ¿No era la ley de la vida?

El cuento relata una circunstancia existencial que no pertenece ni a la época ni a la sociedad de su autor, refleja un sentido de la vida en donde los ancianos entienden su edad como el fin lógico y natural, justifican y comprenden el comportamiento de los jóvenes, están dispuestos a dejarles vivir sin culpas o recriminaciones y se dejan morir, en lugar de luchar hasta el último minuto por su vida. Todo lo anterior refleja las costumbres de esa sociedad, considerada primitiva por algunos.

La evolución social que conlleva el cambio y la transformación de los gustos, los intereses y las modas de las diferentes épocas, ha sido utilizado en las obras literarias de numerosos escritores. A continuación se presentan dos cuentos que ejemplifican lo anterior.

"Paisaje con bicicleta", de Curzio Malaparte, escritor italiano (1898-1957).

Paisaje con bicicleta

Curzio Malaparte

Minué

Mi padre y mi madre se encontraron por primera vez poco después de 1890, sobre un fondo móvil y variado de sombrillas de sol, de chisteras, de cuellos altos, de árboles, los árboles de las Granjas, y era un domingo de junio, al atardecer. La banda municipal, con bicornios de plumas revoloteantes, instalada en los peldaños de un anfiteatro de madera tocaba lentos vales vieneses, y entre las mesitas y las sillas de hierro, entre los árboles de las avenidas, caminaban ocultas hasta la cintura por los setos de mirtos, las hermosas florentinas, con los brazos enguantados de negro hasta el codo, y la garganta recogida por una alta gorguera de encaje.

Eran mujeres orgullosas y melancólicas. En las venas de los brazos, en el punto donde terminaba el guante de blonda negra y comenzaba sobre la piel blanquísima el reluciente juego de codos, ocultaban collares de conchas rosadas enfiladas en una cinta de terciopelo verde, recuerdo del último verano pasado en Viareggio o en Livorno: era el zumbido marino de aquellas conchas lo que hacía tan musical el latido de sus venas. Unas veces tentadas y otras vencidas por la perezosa caricia de los largos boas blancos enroscados en torno al cuello y a los hombros, con las manos ocultas en manguitos de tul con cintas colgantes, las bellas florentinas caminaban con los ojos cerrados al encuentro de oficiales de altos kepis, con las mangas adornadas con arabescos de plata, con nerviosos y soberbios bigotes, otras casas, otros hombres, otras montañas: pero más recargadas de tintas, más románticas, árboles de grandes copas nocturnas, húmedos valles negros de vegetación, montes cortados de luces y de sombras violentas, cielos removidos por altísimos vientos. El paisaje, en suma, del siglo XVIII fundido con el del XIX: lleno de movimiento romántico, poseído por una naturaleza más selvática y enérgica, que revelaba una moral entregada a las transformaciones repentinas y arbitrarias, a las negaciones y a las afirmaciones categóricas, intransigente en cuanto a las ideas, corrompídisima en cuanto a las costumbres.

Diríase que el paisaje de aquel final del siglo XIX, aun copiando fielmente el antiguo, del cual era hijo legítimo, había tomado de él los perfiles y las formas, pero no los tonos, los colores, los acentos, ni heredado sus maneras, sus perspectivas: como si se hubiera reconciliado con algo que estaba en él y fuera de él, descansado, reposado en las antiguas razones y en los antiguos pretextos, como una riada, que, pasada la primera y terrible furia, se tranquiliza, se adapta nuevamente a las antiguas riberas, al antiguo lecho, corriendo más suave y más clara a medida que se siente más próxima a la desembocadura.

Parecía que la naturaleza se hubiera reconciliado con los hombres. Diríase que en un tiempo se replegaba en sí misma, se apagaba con una ironía un poco cansada, un escepticismo de gran señor, el cinismo de la naturaleza que se contenta consigo misma, que en un fin de sí misma. Pero ahora todo aparecía más humano, más civilizado, como si la naturaleza hubiera aceptado la moral de los hombres.

El ferrocarril, que los grandes duques habían inaugurado con gran derroche de luminarias, de chisteras y de discursos, como si se tratara de una cosa nueva, nunca vista (y en esto llevaban un poco de razón) de una novedad capaz de conmover el siglo, de llevar las luces de la ciencia hasta las aldeas más perdidas y los caseríos más alejados, y tan extraordinaria que a la Toscana le costaría trabajo aceptarla, acostumbrarse a ella, el ferrocarril, digo, había acabado por convertirse, poco a poco, en un elemento familiar del paisaje. A las calesas, a las tartanas, a las diligencias, a los carros, a las carretas, se había sumado el tren. Un vehículo más. El silbido de los trenes arañaba, sin resquebrajarlo, el verde de los campos y la paz de los montes. Aquel pitido, que en un principio había parecido un son extraño, había acabado por convertirse en un sonido como los demás, como el relincho, el mugido, el gruñido, el ladrido. La voz de un animal cualquiera.

Por otros elementos acudían a fundirse poco a poco con el paisaje. En las ventas campestres, en los cafés de provincia, comenzaban a aparecer las primeras gaseosas, los primeros sifones de agua de seltz, y en un rincón, sobre una mesita cubierta por un tapete verde de largas franjas desteñidas, la bocina enorme de los primeros gramófonos. Señales mucho más extraordinarias que el tren, envejeciendo desde hacía tiempo, convertido ahora en un muelle familiar. Y esos eran los indicios de una profunda metamorfosis de naturaleza moral y social, más que mecánica. Denunciaban la aparición de un elemento nuevo no sólo en la técnica, sino en la conciencia de los hombres.

Ya algunos años antes, en 1889, la Torre Eiffel de París había conseguido inquietar los espíritus. Y he aquí que ahora la bicicleta de mi padre, la primera auténtica bicicleta aparecida en Florencia y en Prato, llevaba a lo más profundo del Val di Bisenzio el anuncio de una inquietud, que hasta los más ciegos y los más inconscientes habían presentido oscuramente desde hacía tiempo. Grupos de obreros, de artesanos, de campesinos, se amontonaban con suspicacia en torno a la Phaenomen de mi padre, que explicaba orgulloso su mecanismo. Mi padre era un auténtico pionero, el pionero de una nueva civilización. Había llevado a Prato los primeros telares mecánicos, dedicándose a convertir los carreteros, los artesanos, los campesinos, los ladrones de gallinas, en obreros, y los tejedores a mano en tejedores a máquina. Una empresa dura, y peligrosa. Pero mi padre era fuerte, no temía a nada, domeñaba a los más reacios y a los más revoltosos con la fuerza y con el ejemplo.

Su carácter violento y su voluntad inflexible le procuraban odio y revueltas. ¡Cuánto lo odiaron, antes de quererle! Una mañana le esperaron en una esquina, junto a la panadería de Pacini, justo delante del Fabbicone, y le partieron la cabeza con una maza, de aquellas que utilizaban los picapedreros para partir las losas de piedra. La bicicleta regresó a casa llevada a mano por un dependiente de Pacini. También mi padre, afortunadamente, regresó a casa después de varios meses de hospital y estaba triste y humillado, porque había visto por la calle dos bicicletas más, y aquello le parecía una traición, como si su misión ya hubiera concluido.

La descripción del atuendo de hombres y mujeres y la mención del siglo y año -1889-, sitúa al cuento en su época. Además, como el mismo autor lo dice, la aparición de los nuevos vehículos -tren y bicicleta- más las otras novedades -gaseosas, sifones y gramófonos, la transformación de campesinos en obreros y la del trabajo realizado a mano sustituido por las máquinas- señalan una profunda metamorfosis moral y social, no solamente mecánica. No obstante su esencia de hombre pionero, se muestra al personaje con virtudes y defectos, estos últimos se refieren a su mal carácter y a su orgullo de poseer la única y primera bicicleta en la ciudad que habita, por lo que se siente humillado al ver que aparecen más vehículos iguales al suyo.

En el transcurso de la historia y el devenir humano surgen dos conceptos sociales muy importantes que son la generación y la moda; se puede pertenecer a una sociedad determinada, pero en diez o veinte años las generaciones cambian y las modas también. Guy de Maupassant (1850-1893) escritor francés muestra en su cuento "Minué" un extraordinario poder de observación al describir a los personajes, su vestimenta, y el medio ambiente en el que se mueven, a continuación se transcribe para que realicen su lectura.

Minué

Guy de Maupassant

A Paul Bourget

-Las grandes desdichas no me entristecen -dijo Juan Bridelle, un solterón que pasaba por escéptico-. He visto la guerra muy de cerca, y saltaba sobre los cadáveres sin compadecerme. Las fuertes brutalidades de la naturaleza o de los hombres pueden hacer que lancemos gritos de horror o de indignación, pero no nos dan ese pellizco en el corazón, ese escalofrío que recorre la espalda al ver algunas dolorosas menudencias.

El más violento dolor que se pueda experimentar, es cierto, es la pérdida de un hijo por una madre, y la pérdida de la madre por un hombre. Esto es terrible, violento, trastorna y desgarrar; pero se cura en estas catástrofes como de anchas, profundas heridas sangrientas. Empero, ciertas circunstancias, ciertas cosas entrevistas, adivinadas, algunas penas secretas, algunas perfidias de la suerte, que remueven en nosotros un mundo de dolorosos pensamientos, que entreabren bruscamente ante nosotros la puerta misteriosa de los sufrimientos morales, complicados, incurables, tanto más profundos cuanto más benignos parecen, tanto más agudos cuanto más inaprensibles se antojan, tanto más tenaces cuanto más ficticios aparentan ser, nos dejan en el alma como una estela de tristeza, un sabor de amargura, una sensación de desencanto de la que tardamos mucho tiempo en desembarazarnos.

Siempre tengo ante mis ojos dos o tres cosas que otros no habrían observado, seguramente, y que han entrado en mí como largos y delgados pinchazos incurables.

Ustedes no comprenderán quizás la emoción que me han dejado esas rápidas impresiones. No les hablaré sino de una de ellas. Es muy antigua, pero está viva, como si fuera de ayer. Puede ser que mi imaginación haya fraguado por sí sola este enternecimiento mío.

Tengo cincuenta años. En aquel entonces era joven y estudiaba derecho. Un poco triste, algo soñador, impregnado de una filosofía melancólica, no me atraían los cafés bulliciosos ni los camaradas gritones, ni las mujeres estúpidas. Me levantaba temprano y uno de mis placeres más queridos era pasearme solo, a eso de las ocho de la mañana, por el vivero del Jardín de Luxemburgo.